

»Dijo, y aquellas innumerables huestes aplaudieron sus palabras con un ronco murmullo, parecido al que en el hondo mar forman las olas; mas no por eso perdió su intrepidez el flamigero Serafin, pues aunque solo y cercado de enemigos, se sintió con sobrado aliento para añadir:

«¡Oh espíritu apartado de Dios, espíritu maldito, contrario á toda virtud! Veo inminente tu perdicion, y veo á tu desventurada grey, envuelta en tus perversos amaños, participar á un mismo tiempo de tu crimen y tu castigo. No, no te inquiete ya el deseo de sacudir el yugo del Divino Mesias; no abrigues más confianza en las leyes de la indulgencia: otras serán las que contra ti se lancen, y leyes irrevocables. Ese cetro de oro á que pretendes sustraerte, se trocará en azote de hierro que quebrante y reduzca á la nada tu inobediencia. Seguiré el consejo que me has dado, mas no por temor á tus advertencias y amenazas, sino para huir de estas inicuas tiendas, que la inminente cólera del Señor abrasará en repentino incendio, sin distinguir de inocentes ni de culpables. Teme tú el trueno que va á estallar sobre tu cabeza, y el rayo devorador que te consume. Gimiendo entónces, conocerás al que te ha creado, porque no podrás menos de conocer al que te aniquile.»

»Estas palabras pronunció el serafin Abdiel, único dechado de fidelidad entre aquella multitud de infieles, único que conservaba su fe, su amor y su celo, y que se mostraba firme, resuelto, inaccesible á toda seducción y á todo temor contra la rebeldía que se fraguaba. Ni el número ni el ejemplo fueron poderosos á hacerle abjurar de la verdad, ni aun viéndose solo, á que decayera su constante ánimo. Largo trecho anduvo entre las legiones, sufriendo los improperios con que al paso le zaherian; pero sobreponiéndose á sus insultos y menospreciando sus amenazas, abandonó con desdeñosa indiferencia aquellas altivas torres que en breve habian de derrumbarse.»

LIBRO SEXTO

ARGUMENTO

Prosigue Rafael su narracion, y refiere cómo fueron enviados Miguel y Gabriel á combatir contra Satan y sus ángeles. Descríbese la primera batalla, de resultas de la cual, y á favor de la noche, se retira Satan con los suyos; convoca un consejo, é inventa unas máquinas infernales, con que en nuevo combate empeñado al siguiente día, consigue introducir algun desórden en las legiones de Miguel; pero estas, por fin, arrancando de su asiento montes enteros, sepultan bajo ellos á las huestes satánicas y sus máquinas. No logran, sin embargo, acabar con la rebelion, y al tercer día envia Dios al Mesias, su Hijo, á quien habia reservado la gloria de aquel triunfo. Preséntase éste en la plenitud del poder que le ha concedido su Padre, y ordenando á sus legiones que se mantengan inmóviles á sus lados, lánzase con su carro, fulminando rayos, en medio de sus enemigos, que incapaces de resistirle, se ven perseguidos hasta los postreros atrincheramientos del cielo; abierto el cual, caen precipitados con estrepitosa confusion al abismo que de antemano estaba preparado para servirles de castigo: con lo que el Mesias vuelve victorioso al seno de su Padre.

«Continuó el Ángel intrépido caminando toda la noche, sin que nadie le persiguiese, y atravesando los vastos campos del cielo, hasta que despertada la Aurora por las Horas que marchan circularmente, abrió con sus rosadas manos las puertas de la luz.

»Hay en lo interior de la montaña santa y próxima al trono de Dios, una gruta que en perpétua alternativa ocupan la luz y las tinieblas, cuya agradable sucesion forma lo que puede llamarse el día y la noche del cielo. Auséntase la luz, y por la puerta opuesta entra mansamente la oscuridad, hasta que llega el momento de extenderse por los celestes ámbitos, bien que su mayor sombra pudiera tenerse aquí meramente por un crepúsculo. Ahora se acercaba la mañana circuida del empireo esplendor con que brilla en la region suprema, y la Noche huía ante ella, acosada por los rayos que despedia el Oriente; cuando á los ojos de Abdiel apareció la inmensa llanura cubierta de fúlgidos escuadrones agrupados en órden de batalla, de carros, de armas resplandecientes, de fogosos bridones que reflejaban su brillo unos en otros: señales todas de guerra, pero de guerra que iba á estallar en breve, porque todos sabian ya las nuevas que él pensaba comunicarles.

»Introdujose gozoso entre aquellas amigas falanges, que le recibieron con